

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

CARLOS RUIZ-TAGLE

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1978

¿Quién soy?

¿QUIEN ES QUIEN?

Para Magdalena Vial Urrejola

Uno que otro amigo que le va quedando al libro en este país, la Agrupación Amigos del Libro, me ha pedido que diga algo sobre mi vida y sobre mi obra. ¿Quién es Quién? se llama esta prueba de fuego y de papel y se espera que yo haga un esfuerzo por determinar algo que indudablemente no sé, es decir, quién podría ser yo.

Como soy un escritor de Domingos, me he permitido dividir este relato en tres Domingos, que van a continuación. Domingo, Empanadas, sobre la infancia; Domingo del Sorbo, sobre la adolescencia y, por último, Dominguito.

I

DOMINGO, EMPANADAS

Pobre Santiago. Nadie le canta, nadie le declara su amor, hasta Mejillones tiene su vals, pero los músicos se olvidaron de la capital. A los escritores y a los pintores les provoca Valparaíso, sus cerros ocupan pinacotecas y Joaquín Edwards Bello lo recrea en su mejor novela; de Santiago, en cambio, pocos se acuerdan. Sucio de smog, con su adusto aire leguleyo, sin áreas verdes, esperándolo todo del Cerro San Cristóbal, se expande cada día más.

Quizás qué le ocurrió a este Santiago, que en vez de crecer para arriba como todas las capitales que se respetan, lo hizo hacia los lados. Se quedó

chico y engordó. Y en lugar de tener un corazón, un centro, tuvo varios y fue transformándose en una ciudad de suburbios.

Ahora Providencia parece ser el corazón principal, pero cuando con mi familia llegamos a la calle Las Lilas, antes de que ésta cambiara su romántico nombre por el de Eliodoro Yáñez, también era un suburbio. Las Lilas terminaba en una alta muralla roja, a la altura de Pedro de Valdivia. A pocas cuadras de ahí funcionaba el Colegio Saint George. En él me matricularon. Recuerdo que mi mamá me agarró firme para que subiéramos las escaleras y así llegamos a la oficina del Padre Roacio. Este me interrogó en inglés, y como yo no respondiera nada de nada, me preguntó si los ratones me habían comido la lengua.

Para probarle que no, que la tenía, se la saqué entera, lo cual me valió un buen tirón de orejas.

Por Pedro de Valdivia pasaban tranvías amarillos, soñolientos tranvías que en la década del 40 me llevaban con mis compañeros de clases hasta Providencia, donde Chávez. Al fondo de un callejón estaba la célebre fábrica de helados. Nos sentábamos junto a sus mesitas redondas y pedíamos vasos de un cuarto de litro. Echábamos carrera pa-

ra ver quién tomaba más ligero los helados. Solía dolernos la frente al tercer o cuarto vaso, pero seguíamos tomando hasta que no sentíamos la lengua ni el paladar.

¿Qué fue de Chávez?

Se achicó y volvió a agrandarse. Y ahora está en Manuel Montt, cerca de la Parroquia de Jesús Nazareno.

Manuel Montt es como un pueblo aparte con esa Parroquia de Jesús Nazareno y sus religiosos de hábito blanco y cruz roja y azul que recuerda a los caballeros templarios.

A la hora de misa, en la Parroquia de Jesús Nazareno se veían unas beatas bigotudas que cantaban *Virgen del Carmen Bella y Perdona Dios Mío, Perdón e Indulgencia, Perdón y Clemencia, Perdón y Piedad*, beatas que siempre salían en pareja de misa: las beatas se dan de a dos. A misa concurría también un pintor que vivía frente a la Parroquia, Carlos Dorlhac. Con su pelo blanco y sus ademanes firmes, todo en él irradiaba bondad. Su casa era la más hermosa de Manuel Montt, el jardín lleno de flores y de rincones húmedos. Una de esas casas de la Avenida Manuel Montt, de un piso, como de pueblo. Me pregunto, ¿qué hace

todavía Manuel Montt, esa avenida pavimentada de adoquines y de casas que se deterioran para ser captadas en su vejez por el ojo fotográfico de Tomás Daskam, injertada en el moderno barrio de Providencia? En Manuel Montt parece no existir la prisa que hay en el resto de Santiago. Tiene un tiempo provinciano, un tiempo propio.

Antonio Varas, sus regimientos y los primeros tanques haciendo temblar el barrio con su sonajera, ha tenido desde siempre un carácter absolutamente distinto. Cada tanque era un terremoto y con mis compañeros recogíamos las tuercas y los pernos que se les caían al salir de maniobras. Casi en la esquina de Antonio Varas y una calle con nombre de directora de liceo, Silvina Hurtado, una gran puerta conducía a los jardines de la Empresa de Agua Potable. Entrada prohibida. Pero en los días calurosos, con mis compañeros de curso trepábamos la tapia que, por detrás, separaba a la Empresa de Agua Potable del Saint George y nos dirigíamos al gran estanque.

Era una delicia bañarse en esa agua limpísima, el agua potable de la ciudad de Santiago. Por desgracia, no podíamos pasar cruzando de un lado a otro el estanque toda la tarde y debíamos limitar-

nos a los tres cuartos de hora que nos daban para almorzar. Algunos aprendimos a nadar en el gran estanque y jamás fuimos molestados por algún cuidador.

En Valenzuela Castillo vivían mis primos, los Pepes. La familia estaba formada por Don Pepe, su señora, Doña Cynthia, que era gringa, mi primo Pepe, la Cynthia hija y Pablo. Me invitaban todos los domingos a almorzar. Jugábamos eternas partidas de ajedrez, y como a la una se oía tocar el timbre.

—¡Es el papá! —exclamaba Pepe.

Don Pepe, de calva reluciente, narigón y muy simpático, traía una paquete cuadrado que dejaba en el repostero. Eran empanadas, y aunque siempre me ha parecido mejor el olor a empanadas que las empanadas propiamente dichas, éstas del tío Pepe eran de veras sobresalientes. Nunca quiso decir de dónde las traía, era un secreto, su secreto profesional.

Por aquella época casi todos los del curso hicimos la Primera Comunión. Tengo una foto mía. Las fotografías son peligrosas porque fijan las imágenes. Esa fotografía, al menos, obstruye el recuerdo y, además, me carga. Mi *mama* me puso

una toalla en la cabeza y me la apretó para que el pelo se pegara bien. Por detrás de la cartulina donde salgo con las manos juntas y un aspecto de niño repelentemente santurrón, dice *A mi querida profesora*. De todo lo cual deduzco que ella me la habrá devuelto por patero, de otra manera no la tendría yo.

En ese tiempo yo creía que cuando alguien se moría, su cara, su imagen, desaparecía de las fotografías, se esfumaba. Cuando murió mi *mama* corrí a ver la foto donde estábamos juntos, pero como su imagen permanecía igual, me asusté muchísimo. ¿Cómo podía ser eso? ¿Por qué no se esfumaba? Al final la recorté con unas tijeras para separarla de mí, ya que se había muerto.

Cuando quería soñar con algo decía:

—Quiero soñar con esto.

Y lo soñaba.

Así ocurría, especialmente, los días anteriores a la Pascua. Soñar con lo que me traería el Viejo Pascuero era apasionante de veras y unos patines que me dejó el Viejo me permitían bajar por Las Lilas hasta el Colegio Alemán, en la esquina de Antonio Varas, a una velocidad de vértigo y maravilla. Ese fue uno de los primeros colegios mix-

tos y todos los años, para el 13 de septiembre se hacía una *kermesse*. Desabridas niñas rubias se vestían de aldeanas y no parecían muy interesadas en sus compañeros alemanes, tal vez querían relacionarse con gente de más pigmentación. Con mi primo Pepe espiábamos la *kermesse* por la reja, nunca tuvimos plata para entrar a la fiesta. Los alumnos rubios, con aspecto de campeones interescolares de cualquier cosa, llevaban unas frases escritas en unos carteles. Cada alemán con su cartel. Los demás los leían, sobre todo las niñas, pensaban un rato y después se desternillaban de risa alemana.

—¿Qué dicen los carteles? —le pregunté a mi primo, que sabía algo de alemán.

Leyó uno, otro, y me dijo:

—Son chistes. Chistes alemanes.

Y se rió a medias porque, también a medias, había entendido el chiste de un cartel.

En la plaza de Silvina Hurtado, con Pepe y otros más, nos dedicábamos a “fregar” a las niñas, les tirábamos el pelo, las mojábamos con la manguera, les sacábamos pica. Hasta que intervenían los padres de las afectadas. Entonces, ante sus reclamos, decidíamos ignorarlas, no tomarlas en cuenta para nada en nuestros juegos.

Era mucho peor.

Nos acusaban de que no queríamos jugar —si así podía llamarse el hecho de torturarlas y hacerlas llorar a gritos— con ellas.

—¿Pero no nos pidieron que las dejáramos tranquilas? —les preguntábamos entonces.

No era fácil entender a las mujeres.

Tengo la impresión de que llovía más en esa época. Por la mañana, después de los grandes temporales, yo salía a ver las casas de Las Lilas, de Marchant Pereira, de Román Díaz, que habían quedado sin tejas. Y era mejor aún ir donde los Pepes cuando llovía. Las empanadas de los Domingos parecían entonces más sabrosas, su calor reconfortaba y era imposible no repetirse.

Un día cualquiera desapareció Don Pepe de la casa; debido a ciertas desavenencias con su señora se trasladó a una pensión. Su salud no era muy buena y, al parecer, tomaba mucho y no comía empanadas. Las empanadas son para comerlas en familia.

Así se acabaron los convites a la casa de los Pepes, poco después se casó mi prima Cynthia y Pepe se fue a Estados Unidos.

Sin que me diera cuenta, terminó una época de

mi vida: cuando tuve, por primera vez, conciencia del barrio donde viviría siempre. No ha cambiado mucho. Aquí están las casas y las bouganvillias, la Plaza de Silvina Hurtado, el anacrónico Manuel Montt, los organilleros que tocan desde 1945 sus canciones gastadas.

Una vez le pedí a mi mamá que comprara empanadas. Después de tomar una serie de medidas sanitarias, decidió adquirirlas no sin interrogar antes, exhaustivamente, al vendedor sobre si tenían ají, y el pino cómo lo fabricaba. Las trajo a casa advirtiéndome, eso sí, “que no le parecían muy católicas”.

Para que no nos cayeran pesadas, había que espolvorearles azúcar flor, tomar leche y enjuagarse la boca con un elixir morado.

Después de almuerzo, en la casa se sintieron muy enfermos del estómago y mis hermanas se echaron a la cama .

Yo me fui a la plaza de siempre, la de Silvina Hurtado, y me senté en un banco. Estaba triste. Estaba solo. Creía que ello se debía a que no iba a ver más a los Pepes, Domingo, Empanadas. Sí, era eso. Pero también era que mi infancia ya no era, que se había terminado.

DOMINGO DEL SORBO

A los catorce años empecé a escribir poemas acrósticos cada vez que me enamoraba. El primero se llamó “Recordando Mi Primera Ilusión” y correspondió a las iniciales de mi adorada RMPI, el segundo, “Fuiste la Primera”, correspondía a las iniciales de FLP. Como se puede observar, en esto del amor y sobre todo en el amor de los poetas, la segunda musa puede ser la primera y yo intuía que no era chuecura que fuera así. Lo intuía, incluso, sin tener conciencia de aquello que se llama licencia poética y que de partida nos hace un poco licenciosos.

Por motivos olvidados o sencillamente debido a que estas musas, hermanas de dos amigos, no me hicieran caso y hubiera que insistir, no hubo tercera por un tiempo prudente. A propósito de estos poemas, Scarpa me dijo crípticamente, a la hora del recreo:

—Ruiz-Tagle: no debes volver a escribir un poema en tu vida.

—Pero es que me enamo . . .

—Nada de que te enamoras.

—Me gusta tanto . . .

—He dicho basta y se acabó.

Entonces comenzaron a salirme, a brotarme quizás de dónde, unos cuentecitos de página y media sobre una infancia que a lo mejor pudo ser la mía. Los personajes tal vez lo fueron, pero de ninguna manera las acciones. De todas formas me he acostumbrado tanto a que las “Memorias de Pantalón Corto” representen mi infancia, que he terminado creyéndomelas. Cuando hallé a una persona que aseguraba que era *su* infancia, me dieron ganas de regalársela y componer otra y así, con el tiempo, ha surgido la de “Domingo, Empanadas”.

A lo que más se pareció el conjunto de cuentos de “Memorias de Pantalón Corto”, que Armando Uribe le llevara a Scarpa para una publicación de la Academia del Saint George, fue a una baraja de naipes. ¿Cómo saber cuál era primero, cuál era el último? Y Don Roque se dio el trabajo que yo nunca terminaré de agradecerle, de ordenarlos y de pasarlos a máquina.

La trama de “El Sorbo”, uno de los cuentos, se desarrollaba en la enorme, hipertrófica casa de Al-

fonso Márquez de la Plata, mi compañero de clase. Era la odisea de que me sirvieran una taza de café con leche en el gran comedor, taza donde ca- yera una mosca, y yo tuviera que tomármela, de- bido a la solemnidad del ambiente, no al gusto de comer moscas. Recuerdo que Alfonso me dijo un día que lo llevaba en bicicleta:

—Alguna vez mi casa será conocida por tu cuen- to y llamada La Casa del Sorbo.

Pero nada de eso ha ocurrido y veo con indig- nación que han pintarrajeado sus murallas con unos patitos y otras figuras de Disney, transfor- mándola en colegio o jardín infantil, sin respetar el solemne comedor de la mosca en la leche, la mosca en taza que hube de tomarme.

Alfonso tuvo el primer amor correspondido del curso, y del Villa María surgió la figura encanta- dora de la María Olga Valdés. Rubia, siempre sonriendo, era la persona ideal para que todo el curso se enamorara de ella.

Recuerdo las otras muchachas de las que se ena- moró después todo el curso: ninguna le llegaba al talón a la María Olga, con su pelo flotando al viento y sus ojos oscuros. Pero ella, manteniendo excelentes relaciones con todos nosotros, sólo que-

ría a Alfonso, lo que a los demás nos daba bastante rabia. Alfonso inauguró el amor correspondido en el curso, toda una nueva era, como la invención de la rueda, con la ventaja de que no se detenía.

Recuerdo que hizo un viaje a Europa con su familia y "me dejó encargada" a la María Olga. Las primeras semanas mantuvo una conducta irreprochable, pero más tarde empezó a salir con Javier Vial, de un curso inferior al nuestro. El hecho es que Alfonso peleó con ella apenas regresó y ya nunca pudieron ponerse del todo bien.

Entretanto, la familia Barroihlet Amenábar entraba en escena y las niñas, en especial la Marie Louise, dejaba trastornado a Antonio Avaria. En un poema le hablaba de sus ojos verdinegros, lo que me intrigaba mucho, porque no eran de esos colores, sino azules.

Una vez salidos del colegio, seguimos unidos los que escribíamos y deseábamos publicar, en torno a la personalidad carismática, pero carismática protestante, de Roque Esteban Scarpa. En unos pocos años fue surgiendo la colección "El Joven Laurel", con los siguientes títulos por orden de aparición:

En 1953 “El Joven Laurel”, antología con obras de Armando Uribe Arce, Pablo Gutiérrez Smith, José Miguel Ibáñez Langlois, Carlos Ruiz-Tagle Gandarillas, Hernán Montealegre Klenner, Antonio Avaria de la Fuente y Jaime Silva Gutiérrez.

En 1954 “Memorias de Pantalón Corto”, de Carlos Ruiz-Tagle Gandarillas, “Qué Palabras, Qué Lágrimas”, de José Miguel Ibáñez, “El Otro Avaro”, de Jaime Silva Gutiérrez, “Transeúnte Pávido”, de Armando Uribe, “El Libro en la Mano”, de Roque Esteban Scarpa.

En 1955 “Crecida de la Muerte”, de Angel Custodio González, “Cielo en la Tierra”, de Hernán Montealegre Klenner, “Diario Solemne”, de Arturo Griffin Ríos, “El Joven Laurel”, segunda antología.

En 1956 “Desde el Cauce Terreno”, de José Miguel Ibáñez Langlois, y “El Engañoso Laúd”, de Armando Uribe Arce.

Acompañado de estos libros di mis primeros pasos y es justo que los nombre, por lo menos. Habría que decir algo más: las divertidísimas Memorias de Arturo Griffin, tituladas “Diario Solemne”, no se editaron hasta 1977 por motivos dema-

siado estrictamente personales y sobre todo familiares. Aparecía en el texto alguien que mentía. Es decir, el protagonista, Arturo Griffin mentía y eso bastó para que la madre y el padre de este excelente amigo sacaran el diario de la imprenta. Pagaron todos los gastos de composición, que son los más subidos en la edición de un libro, prohibiendo que el proceso siguiera adelante.

Publicar a temprana edad es excelente, no da vértigo, como suele suceder después. Resulta un poco afectada la expresión dar a luz un libro, pero es igual a eso; exactamente como tener una guagua. Y no conviene tener la primera guagua a los 40 o a los 50 años. Además, el cuerpo se acostumbra.

Las críticas literarias son importantes en la medida que coincidan y den al principiante una visión coherente de lo que pasa con su obra. Cuando cada crítico se dispara por su lado y nada coincide con nada, lo más sano que puede hacer un escritor es tirar los comentarios al canasto de la basura.

La reacción familiar es divertidísima frente a los escritores jóvenes. En general, los primos se

rien de uno, pero con cautela, los tíos son más agresivos o saben descubrir a tiempo lo que los otros no ven. En mi caso específico, mi tío Joaquín se permitió cambiarme hasta el título de “Dicen que Dicen”, publicado años después, por “Viñetas de la Aldea”, y corregir frase por frase todo el libro.

Mi tío Jorge, en cambio, fue el primero en llamar por teléfono a las 7 de la mañana, cuando vio lo que decía Alone de mis cuentos aparecidos en “El Joven Laurel”. Hizo una verdadera revolución familiar explicándole a mis otros tíos que sólo leían “El Diario Ilustrado” —de preferencia los avisos de defunción— quién era el crítico de “El Mercurio”. La impresión que me produjo esa crítica de Alone fue tan fuerte, que salí con mi novia de Santiago porque en la casa no dejaba de repiquetear el teléfono y yo no soportaba tanto llamado. Fuimos a Algarrobo y pasamos el día entre las gaviotas. Felices tiempos en que las gaviotas eran de pluma, no de plata, como en el festival de no sé dónde. Junto a ellas caminaban unas gaviotitas chicas, que creo se llamaban pollitos, por el borde del agua, y con mi novia queríamos tener muchos hijos, pollitos.

III

DOMINGUITO

A todo esto, yo tengo dos hermanas con las que soy muy unido, a todo esto me recibí de Ingeniero Agrónomo, a todo esto tuve un gran amigo en Fernando Orrego, otro en Fernando Larraín, otro en José Miguel Ibáñez, a todo esto el campo me absorbió con trigales y terneros y un establo que construyó mi papá para no recuerdo cuántas vacas y ordeñadoras mecánicas, a todo esto he tenido algunos primos a quienes he querido mucho, a todo esto hubo tres años secos y mi padre perdió todo lo que tenía, a todo esto los Domingos empezaron a achicarse y cada vez he tenido menos tiempo para escribir, hasta llegar a estos Dominguitos que complemento como puedo en la semana, para hacer algo, a todo esto me piden que diga quién pudiera ser yo.

¿Quién soy yo?

He tratado de decirlo por comparación y ahora deberé, supongo, decir qué pienso de la vida y de la escritura.

He escrito muy poco. A los veinte y tantos es-

peraba que a los cuarenta y tantos contaría con altos de libros escritos por mí. No sé si tenía razón entonces o ahora que me refugio en eso de la esencia en frasco chico. ¿Qué esencia? Ahí es donde estriba el problema, no sé si es agua de colonia o qué es esto que va, de todas maneras, en unos frascos chiquitísimos, en pequeñas novelas, en cuentos de poquísimas páginas. Tiendo demasiado a lo breve. Soy, como me dijo una vez Guillermo Blanco al escribir "Revolución en Chile", astringente como el papel secante. De la raza de González Vera, con sus versiones corregidas y una y otra vez disminuidas.

A Guillermo Blanco lo conocí por medio de Alejandro Magnet, cuando éste era asesor literario de Del Pacífico. Siempre nos preguntan cómo escribimos la novela de Sillie Utternut, pienso que siendo cada uno, de manera diferente, esa gringa despistada. Además, no es coincidencia que tanto Guillermo como yo trabajáramos entre gringos, por esa misma época. El en la Anglo Lautaro, yo en el Proyecto Aerofotogramétrico, pues con mi familia habíamos regresado del campo para siempre jamás.

El campo, lindo lugar sólo para veranear, donde

toda novedad es fatalidad. En una frase se advierte lo tradicional que es el campesino:

—No hay novedad en los novillos.

—No hay novedad en el establo.

—No hay novedad en la trilla.

Si hubiera novedad en los novillos sería porque más de uno habría amanecido muerto; si hubiera novedad en el establo, sería porque la refrigeración se descompuso; si hubiera novedad en la trilla, sería porque la trilladora permanecería parada en medio de un potrero. La novedad es irremisiblemente lo malo, lo fatal, lo sin remedio.

Aquí en la capital, al contrario, se adora lo nuevo por ser nuevo y en ello se basa todo este engendro monstruoso llamado *sociedad de consumo*, destinada a crearle y crearle inverosímiles necesidades a gente que no tiene plata.

He leído menos en los últimos tiempos. Mis autores preferidos son Chesterton, Dostoievski y Camus. No hablaré de otros autores porque sería de nunca acabar, pero por desgracia, soy lento para leer. Sin embargo, he ido perdiendo la dificultad que en principio tenía para escribir, lo que no quita que este ensayo sobre yo, sobre Quién Soy, haya demorado semanas en producirse. En la vida y

en la literatura lo que más me importa es la naturalidad, sin ella todo lo demás está perdido.

Es caprichosa la naturalidad. A veces sale, lo más suelta de cuerpo, al primer envión, otras veces cuesta tanto lograrla. Esta naturalidad trabajada con martillo y cincel y algunos golpes en los dedos, es la que mejor resiste el tiempo. La gente cree que a los autores nos surgen las cosas de la cabeza tal cual, como si fuéramos periodistas que escribiéramos a máquina y en limpio. Pero no hay nada más diferente a un escritor que un periodista. Mientras el primero puede detener el tiempo para hablar maravillado de una gota de agua, mirarla de un lado y otro, iluminarla con los colores del arco iris por la simple refracción del sol, el periodista tiene un océano de conocimientos de un milímetro de profundidad. Una vez, en una entrevista hecha por Lucía Gevert, yo le dije esto mismo: "un océano de conocimientos de un milímetro de profundidad". Pero ella cambió la frase y puso de un metro de profundidad. Al fin se sentía más periodista que escritora, una mujer que fuera lo que fuera iba a llegar lejos.

El periodismo literario ejercido por mí en la revista "Qué Pasa", desde su primer número, ha

constituido una mala tentación. ¿Y cómo no va a ser así cuando entrego un artículo el lunes y aparece el jueves, mientras algunos “Cuentos de Santiago” que escribí hace siete años, “Acabar con Marilén”, para citar un ejemplo, recién aparecerán editados por estos días?

Los “Cuentos de Santiago”. De pronto empecé a ver a Santiago tal como los viajeros ven a nuestro país. Porque salía de él. Si a un campesino que vive entre montes nevados y cataratas uno le dice:

—Oiga, qué feliz se sentirá usted de vivir aquí.

El otro se contenta con encogerse de hombros, lo mira raro.

Pero la visión nueva, el ojo nuevo es capaz de apreciar mucho más. Este salir todas las semanas de Santiago y volver a él, este desembotellarme que me ha permitido el Proyecto de Bibliotecas Rurales donde trabajo, ha hecho que vea cosas de Santiago que antes no veía.

Espero de un modo u otro haberles dicho quién soy. Sufro con el paso del tiempo, los Domingos se me acortan a medida que transcurre la vida.

En estos días he conocido a un personaje maravilloso. Es un peluquero de Andrés Bello con

Asunción, cerca de la dinámica calle Patronato. Varonil, muy distinguido, pequeño de porte, canoso, se llama Uberlindo Contreras. Me trata como si yo fuera Luis XIV, desde la primera vez que fui a pelarme comenzó a recitarme poemas increíblemente pasados de moda. Entre otros, los de Pedro Antonio González.

Pero no puede recitar y cortar el pelo al mismo tiempo, no puede. Para recitar se entalla, se arregla el cuello de su chaquetilla blanca y lo hace con entonación especial. Desde 1956 trata de visitar su añorada tierra, las riberas de la Laguna de Cahuil, cerca de Pichilemu, de donde tiene los mejores recuerdos de su mocedad. Pero los medios económicos no se lo han permitido.

Cobra \$ 30 por el servicio y se demora una hora y media, es un prodigio, a veces recita versos propios. Creo que con nadie he aprendido mejor lo que es un intelectual chileno que con Don Uberlindo, a quien le tiemblan las manos y me aterra cuando toma la navaja y la acerca a mi oreja. Por motivos desconocidos, el pelo no me crece después de sus servicios y de sus recitales. De otro modo recurriría a él todos los días por el simple placer de oírlo y de participar de esa dignidad, de

esa aristocracia del espíritu que ya casi nadie tiene y que es la esencia de lo que debiéramos ser.

En suma, no sé bien quién fui y tampoco sé quién soy, pero sé quién me gustaría ser: Don Uberlindo. A su lado ha visto cómo los turcos de Patronato, esos recién llegados, se han enriquecido rápidamente en diez años, pero él sigue recitando sus poemas y los de Pedro Antonio González, entre las sillas de Viena y ese como trono donde pone a quien lo favorece requiriendo sus servicios por \$ 30. Dios lo conserve en su gloria.